

# informes del Archivo Técnico

## **La cultura tolteca y los toltecas de Tollan (Reseña académica sobre dos conferencias de Jorge R. Acosta)**

*Héctor Patiño Rodríguez Malpica*

*Dedicado al Sr. José Ramírez*

Asignado durante muchos años a explorar y conservar las estructuras monumentales de Tula, Jorge Acosta fue el arqueólogo que estuvo en posición de hablar de ese sitio como la ciudad de los toltecas, a diferencia de las generaciones de Vaillant y Gamio, quienes fueron pioneros en la exploración de los sitios tempranos de la cuenca de México y de Teotihuacan mismo, pero no tuvieron oportunidad de explorar la antigua ciudad tolteca que se encuentra en Tula, Hidalgo. En contraste, Jorge Acosta pudo intervenir en ambos sitios.

Para comprender el valor de las conferencias que ahora se publican, es necesario detenerse a reflexionar sobre algunas contribuciones de una larga lista que hizo el arqueólogo a nuestra disciplina. Primero, Acosta pudo aplicar una arqueología pulcra en Tula; como excavador destaca su actividad por hacer un trabajo colosal y aunque han sido criticadas sus tareas de conservación, es poco relevante lo que se pueda decir de ellas al considerar las necesidades de los edificios y al valorar que nunca hizo agravio de los datos al menos en lo que concierne a la antigua ciudad.

En segundo lugar, es importante revalorar los méritos de sus escritos, tanto sus informes como

sus ensayos sobre la cultura tolteca que relaciona con la antigua ciudad de Tula. Gracias a su capacidad de síntesis, le fue posible hacer una magnífica glosa sobre la historia antigua que junta las fuentes con la arqueología y estas conferencias son ejemplo de ello. La evaluación que hace de las fuentes se dirige hacia la reconstrucción del desarrollo y esplendor cultural de la antigua Tula, sea a la luz de sus descubrimientos y estudios (como una ardua tarea probatoria) o a la sombra de los problemas que tuvo que enfrentar al realizar las tareas de conservación, pues en general los monumentos se encontraron muy deteriorados y sus elementos estructurales francamente disminuidos.

Al contemplar la magnitud del “hecho histórico” que abordan estas conferencias, su presentación requiere introducir una serie de conceptos relacionados con el complicado asunto de la aceptación y el rechazo de una hipótesis. En todo caso, se trata de reflexionar sobre el tránsito del llamado contexto de descubrimiento al proceso de justificación epistémica y finalmente a la serie de procedimientos implementados para la contrastación de la hipótesis. Esta discusión parte de la idea de que una vez emitida la hipótesis, sea que se le vea como una intuición o como una certeza, puede pasar a formar parte de un contexto de justificación más general. Así, el estudio de los antecedentes de la

hipótesis, la valoración de su relevancia y la observación preliminar de sus consecuencias son los pasos previos para sugerir su corroboración.

En el contexto académico actual, al menos el de la ENAH, eventualmente se han discutido los tipos de hipótesis que se supone pueden probar los arqueólogos; en clase del profesor Manuel Gándara se debatía si deben o no prevalecer las hipótesis generales sobre las particulares. Cabe preguntar en qué consiste esta clase de hipótesis particular —cuya principal característica es que hace referencia espacio-temporal— y cómo es posible probar las de índole identificatoria, o si su relevancia cobra vida solamente a la hora de hacer la interpretación temática, etcétera. Al respecto, debemos señalar que la propuesta sobre el origen tolteca de Tula se trata de una hipótesis identificatoria, que aparentemente se clasifica entre las más sencillas pero quizá sólo al postularla, no así en su larga trayectoria de corroboración, donde es ejemplo esta hipótesis sobre el origen tolteca de Tula. De la misma manera, resulta paradójico que se encuentre entre las más interesantes para nuestra mentalidad, que se ve envuelta en ese desafortunado intento por consumir identidades.

El dictamen que realiza Olivé (1992: 52) sobre la obra y contribución de Wigberto Jiménez Moreno para nombrarlo profesor emérito del INAH, inicia con la tesis sobre Tula y los toltecas, sus orígenes nahuas (caxcanes) centrados en Jalisco y Zacatecas, además de la identidad de los toltecas de Tula con los toltecas de la historia “tolteca-chichimeca”, entre otras contribuciones enormes que hizo a los campos de la historia y la antropología mexicana. Es posible suponer que desde entonces sus ideas actuaron en conjunción con las de Jorge Acosta, Alberto Ruz y Hugo Moedano, así que la publicación de estas conferencias es relevante para enfocar el debate sobre los orígenes de la cultura tolteca y el desarrollo de lo que ahora llamamos la *toltecatótl*.

Al sostener esta hipótesis esgrimida por la Escuela Mexicana de Arqueología a la que pertenecía, con toda su experiencia Acosta tuvo la intención de despejar ese viejo dilema que lleva más de 80 años en la palestra. Es necesario

hacer esta crítica en el marco de la fundación de la Sociedad Mexicana de Antropología y aseverar que en ese entonces se trataba de una discusión central para la misma. No obstante, los que sostuvieron esta hipótesis en realidad formaron un paradigma cuyo contexto de justificación era más la fuente documental y la comparación con la lectura de los mundos antiguos, que el “documento” arqueológico propiamente dicho.

Resulta de particular importancia valorar con detenimiento ese contexto de justificación donde se discutieron dichas temáticas para ubicar a la hipótesis en su propio devenir y bajo diversas ópticas. Al reflexionar en torno a ese contexto histórico surge la certeza de que dicha hipótesis se justificaba, es decir, era lo suficientemente relevante para intentar probarla, lo que con toda seguridad dio pie a los trabajos arqueológicos de gran envergadura realizados en Tula, tanto como la visita colegiada que hicieron al sitio los miembros de dicha sociedad.

Su experiencia y señalada capacidad de síntesis de Jorge Acosta fueron pieza clave para contribuir a la identificación de Tula Xicocotitlan como la mítica Tollan de los toltecas que señalan las fuentes etnohistóricas e históricas (Jiménez, 1945), también fue importante para que tuviera oportunidad de proyectar la glosa de dichas fuentes sobre sus descubrimientos arquitectónicos e iconográficos en Tula. Asienta así el factor más sobresaliente que remite a la identidad de esa antigua ciudad: “Quetzalcóatl crea la más formidable tradición de la que tenemos noticia en los anales de nuestra historia. Funda la urbe religiosa que actualmente es conocida con el nombre del ‘Tesoro’ y establece los fundamentos de una nueva religión y gracias a su acuciosidad y conocimientos se elabora en Tula la cultura tolteca.” Decir que se trataba de una “organización social teocrático-militar” implica que fungía como rey y sumo sacerdote, que emparentaba con las facciones militares y con una religión a la altura del arte, pero que ahora giraba en torno al retrato y la fastuosidad como parte de la retórica gubernamental.

Es claro que Teotihuacan tiene primacía temporal sobre Tula y que realmente ahí se en-

cuentran algunas efigies de Quetzalcóatl, sin embargo, esas efigies en el caso de Tula, según el segundo texto que se publica, tendrían ya un carácter más histórico que religioso. Así, estén o no en lo cierto los detractores de la hipótesis que atribuye a Tula ser la antigua ciudad de Quetzalcóatl, es igual de errado sustituir la glosa sobre esa “organización teocrático-militar” que deriva de la lectura de las fuentes e intentar dirigir toda la atención hacia las constantes de la formación social, o exclusivamente a la teoría del Estado como fuente de hipótesis generales, en detrimento de la anterior hipótesis identificatoria.

En medio de esa pugna entre la vieja y la nueva escuela quizá no se hizo bien el proceso de negación de la negación (algo que es sintomático en nuestra academia), así que nos cuesta trabajo rechazar lo realmente caduco y tampoco nos resulta fácil recuperar los conocimientos más progresistas y propositivos. Esto es todavía más notable al ver la falta de contribuciones que puedan ayudar a resolver esa polémica buscando su mejor solución, por lo tanto, la edición de ambos textos ofrece una oportunidad para volver a reflexionar lo que implica enfrentarse a esta clase de hipótesis. Como es natural, hacia la década de 1940 no se tenía la información con la que ahora se cuenta y nos podemos abstraer de reprochar a los que participaban en ese cuerpo colegiado que no hayan logrado dicho cometido, pues por falta de datos e investigación no sería siquiera factible que lo hicieran. Es loable el simple hecho de que se reabra el debate, pero en todo caso el problema sería considerar las formas que tuvieron para probar la hipótesis y no compararlas con las que ahora contamos.

Lo cierto es que la hipótesis sobre los toltecas de Tula sigue vigente como eje de la discusión. Por ejemplo, algunos autores han retomado, entre ellos el autor de este escrito, la hipótesis de Jiménez Moreno y Acosta donde la cultura tolteca tuvo sus orígenes en Jalisco y Zacatecas (ahora es posible agregar Guanajuato) (Patiño, 2008). Como he señalado, es necesario encontrar nuevos procedimientos para enfocar la prueba de hipótesis e intentar dirigirnos en forma

colegiada para resolver, por ejemplo, el caso del origen de los pueblos portadores de la cerámica llamada coyotlatelco, como una temática que envuelve la raíz misma de la cultura tolteca y que todavía no se ha resuelto a pesar de que también lleva mucho tiempo en el tintero.

Cabe recordar que la mancuera compuesta por Jiménez Moreno-Acosta iba contra la hipótesis que identifica lo tolteca con lo teotihuacano (Gamio-Vaillant y otros) y la negación misma de la existencia de Tula como centro y eje del imperio tolteca. Reitero, como prueba de hipótesis, Acosta emprende la exploración del recinto principal de Tula para mostrar la monumentalidad y el esplendor de esa antigua ciudad, precisando los conocimientos arquitectónicos alcanzados, la destreza de los escultores y pintores, el refinamiento de los artistas y artesanos, además, aunque sea muy general, sigue vigente la investigación de Acosta sobre la cronología de Tula a través de la definición de las fases cerámicas y por el simple hecho de haber dejado vestigios y “ventanas” de las diferentes etapas constructivas. Desde entonces deja una escuela de maestros albañiles que se apegan a lo original de la tecnología constructiva y hace ver que este complejo asunto de la cronología se puede resolver con el estudio de su arquitectura, con el resultado de que no es posible negar, al menos, a los toltecas de Tula y sus manifestaciones arquitectónicas.

A pesar de la vigencia de esta hipótesis nadie ha logrado conciliar la pasión y los conocimientos con que contienden las facciones en conflicto. Al respecto, es posible decir que quizá por conducirse en forma impositiva algún cuerpo colegiado o “escuela” que se han constituido para probar esa hipótesis tampoco ha logrado una conclusión más definitiva y también se puede observar la obliteración de los “otros” cuerpos colegiados que han trabajado la hipótesis, lo cual hace evidente la falta de diálogo interparadigmático necesario para evaluar cada propuesta de contrastación y algún día alcanzar la afirmación de la hipótesis.

Nosotros, y eso es lo fundamental, debemos estar capacitados en el arte de probar hipótesis. Una hipótesis, cualquiera que sea, general o par-

ticular, nunca debe entrar en el olvido sin que pueda pasar por un contexto de justificación y, en su defecto, de corroboración. Como una disciplina con un pie en la historia y otro en la antropología, debemos iniciar la revisión de esta hipótesis sobre el origen tolteca de Tula desde sus primeras manifestaciones y considerar el ambiente intelectual que se vivía en cada momento de su desarrollo. En este caso debemos evaluar los conocimientos de los investigadores que la emitieron con el fin de encontrar la base que la justifica y le da sustento. También es necesario organizar la información antecedente y de avanzada sobre esta hipótesis como pruebas a favor o en contra de la misma. No se trata de aferrarse inútilmente a lo anterior, o repetir una y otra vez los errores del pasado, pero tampoco se trata de afirmar, sin siquiera intentarlo, que no se puede probar nada de lo que dicen las fuentes de la historia antigua.

Con respecto a Tula, ahora se sabe que se trataba de una ciudad industrial, de toltecas en el más amplio sentido de la palabra (artesano y artista en lengua náhuatl), pero también era multicultural, pues tenía chichimecas, gente nonoalca y huasteca, además que estaba rodeado por grupos otopames, y pudo tener de los más antiguos ancestros otomíes y teotihuacanos en su seno. Para la arqueología del México antiguo es de particular importancia evaluar lo señalado por autores como Jorge Acosta y Jiménez Moreno, con el fin de ganar experiencia en la búsqueda de identidades antiguas, como en el caso particular de identificar la esplendorosa ciudad que describen las fuentes con el sitio de Tula, Hidalgo tan devastado por la acción del medio y hasta por su desmantelamiento.

En suma, en la ciencia no se trata de hacer una negación dogmática sobre la potencialidad de una hipótesis identificatoria, sino reflexionar a través de ese contexto de justificación más general, el tránsito que se da con la sustitución de paradigmas de una tradición académica a otra. En este caso, se enfrentan la hipótesis que esgrimen Gamio y Vaillant (retomada por algunos autores), la que esgrimen Jiménez Moreno y Acosta en contra de la anterior y que hemos estado discutiendo, además de la hipótesis que

esgrimen los investigadores que desvían la atención con un cambio de paradigma al rechazar ese énfasis puesto en la monumentalidad y reconstrucción histórico-cultural que tanto se ha criticado en nuestro medio. En tanto, los arqueólogos de las nuevas generaciones, a duras penas podemos generar una discusión más relevante y que despierte nuestro ya caduco interés para encontrar mejores respuestas a esa vieja polémica.

## Bibliografía

- Acosta, Jorge  
1956-1957. "Interpretación de algunos de los datos obtenidos en Tula relativos a la época Tolteca", en *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, México, SMA, t. XIV, núm. 7, pp. 75-110.
- 1942. "La Ciudad de Quetzalcóatl. Exploraciones arqueológicas en Tula, Hidalgo", en *Cuadernos Americanos*, México, núm. 2, pp. 122-131.
- Bernal, Ignacio  
1992. *Historia de la Arqueología en México*, México, Porrúa.
- Cobean, H. Robert  
1994. "Jorge R. Acosta", en *Arqueología Mexicana*, vol. II, núm. 7, abril-mayo, pp. 30-33.
- Cobean, H. Robert y Alba Guadalupe Mastache  
1988. "La excavación monumental en Tula", en Carlos García Mora y María de la Luz del Valle Berrocal (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, México, INAH (Biblioteca del INAH, 6), pp. 147-187.
- Cobean, H. Robert y Alba Guadalupe Mastache  
1999. "Jorge R. Acosta", en Tim Murray (ed.), *The History of Archaeology: An Encyclopedia: The Great Archaeologist*, Nueva York, Garland Press, pp. 425-439.
- Healan, M. Dan (ed.)  
1989. *Tula of the Toltecs. Excavations and Survey*, Iowa City, University of Iowa Press.
- Jiménez Moreno, Wigberto  
1945. "Introducción", en Ruz Alberto, *Guía arqueológica de Tula*, México, Ateneo Nacional de Ciencias y Artes, pp. 7-18.

- Mastache, Alba Guadalupe, Robert H. Cobean y Dan M. Healan  
2002. *Ancient Tollan. Tula and the Toltec Heartland*, Colorado, University Press of Colorado.
- Matos Moctezuma, Eduardo  
1988. “Jorge R. Acosta”, en Lina Odena y Carlos García Mora (coords.), *La antropología en México. Panorama histórico*, México, INAH (Biblioteca del INAH, 9), pp. 45-52.
- Moedano Koer, Hugo  
1945-1946. “Tollan. Algunos de los problemas históricos y arqueológicos de Tula, y su probable resolución”, tesis profesional, México.
- Olivé Negrete, Julio César  
1992. “A la memoria del Doctor Wigberto Jiménez Moreno”, en *Cuicuilco*, México, ENAH, núms. 29-30, enero-junio, pp. 51-54.
- Patiño Rodríguez Malpica, Héctor  
2008. “El estudio de las mamposterías: un acercamiento a la arquitectura tolteca”, tesis de maestría, México, Facultad de Filosofía y Letras-UNAM.

